

Cambio social y educación: algunas reflexiones acerca del rol de la Escuela en la actualidad

Jason Beech

No caben dudas de que vivimos en una época en la que se están dando enormes transformaciones sociales, en gran parte impulsadas por el cambio tecnológico. En esta conferencia les voy a hablar sobre algunos de estos cambios sociales y de sus consecuencias para la educación.

Propongo entonces tres objetivos para esta presentación. En primer lugar identificaré algunos de los cambios sociales que están ocurriendo en la actualidad. En segundo lugar les propondré una reflexión acerca de la importancia de estos cambios para nuestra manera de entender a la educación, en el sentido amplio del término y, finalmente, sugeriré algunas coordenadas para pensar qué puede hacer la escuela ante estos cambios.

Cambio social y educación

Los cambios sociales que se están dando son muchos y sería imposible referirnos a todos ellos en este espacio. Por lo tanto, destacaremos aquellos que consideramos más relevantes para reflexionar acerca de la educación en lo que podríamos llamar la 'sociedad del conocimiento'.

Podríamos empezar por notar que desde la década de los 70 se está dando a nivel mundial una revolución tecnológica basada en el desarrollo de las tecnologías de la información que está reconfigurando a un paso acelerado la base material y cultural de nuestras sociedades.

En casi todo el mundo las economías nacionales se han vuelto globalmente interdependientes a medida que se han incorporado a un sistema mundial que funciona en tiempo real; lo que a su vez genera nuevas relaciones entre la economía, el estado y la sociedad (Castells, 1999).

Surgen las llamadas economías del conocimiento, en las cuales la generación de conocimiento se convierte en la principal fuente de producción de riquezas materiales.

La mujer se ha incorporado masivamente al mercado de trabajo (generalmente en condiciones discriminatorias) y las relaciones entre los distintos géneros se han convertido en un terreno de disputas, en el cual el tradicional patriarcado es fuertemente cuestionado afectando al propio estatuto de la familia y a las relaciones filiales.

A la vez hay una redefinición del concepto de desigualdad. Mientras por un lado existen territorios y segmentos de la población dinámicos que se incorporan a la economía mundial generando altos niveles de riqueza y capacidad de consumo; por el otro aparecen 'agujeros negros' que se vuelven irrelevantes para el sistema económico mundial (Castells, 1999). No se trata solo de una diferencia entre países (Corea y Ruanda), sino que estas nuevas desigualdades no reconocen fronteras políticas. Pensemos por ejemplo en las productoras de cine y video de Buenos Aires que venden sus servicios en el mercado global, generando ingresos competitivos a nivel mundial para los individuos que participan. Muchas de estas empresas están ubicadas en el barrio de Palermo. No muy lejos de allí nos encontramos con "Fuerte Apache", barrio de emergencia considerado uno de los más pobres y violentos de Buenos Aires en el cual la mayoría de los habitantes están marginados de la participación en el mercado laboral. Como dice Castells (1999: 29), *"las redes globales de riqueza y poder enlazan puntos nodales de individuos valiosos por todo el planeta, mientras que desconectan y excluyen grandes segmentos de sociedades y regiones, e incluso países enteros"*

Asimismo, la revolución tecnológica y el flujo de símbolos y personas generan un contacto entre diferentes culturas impensado hace solo cincuenta años. El concepto de cultura ya no puede ser asociado a un espacio geográfico delimitado por fronteras políticas. Surgen así las llamadas culturas transnacionales o globales (Featherstone, 1990; 1991). Se habla de una "cultura joven", relacionada con la edad y una manera de vivir, mucho más que con el espacio geográfico en el que uno habita (Beech, 2005).

El contacto con otras culturas se convierte en algo de todos los días. Alguien sentado en un café en París, usa jeans americanos, toma un té de la India y escucha música africana en su walkman japonés mientras ve pasar a un coya boliviano, a un sikh y a un musulmán.

Este contacto entre culturas genera ciertas actitudes cosmopolitas en algunas personas, pero también aparece la reacción contraria. La mezcla de distintas culturas puede ser percibida como una invasión por parte del 'otro'. Aparece el racismo, la xenofobia y también las presiones por obtener mayor autonomía local y un resurgimiento de las identidades locales y específicas (Giddens, 1993). Un ejemplo de este proceso puede ser visto en el ímpetu que han tomado los nacionalismos locales en Europa (catalanes, vascos, bretones).

Crece así la fragmentación social. A medida que las identidades se hacen más específicas la propia idea de la nación como significante que genera lazos de solidaridad se debilita. Por un lado los sectores altos se consideran a sí mismos como ciudadanos del mundo que no atan su proyecto de futuro necesariamente al de la nación; mientras que los sectores más desfavorecidos se sienten excluidos de cualquier proyecto a nivel nacional por lo que fortalecen los lazos locales que le garantizan cierta supervivencia. Así se hace cada vez más difícil encontrar un significante que genere una solidaridad colectiva.

Podríamos continuar con muchos otros cambios que influyen en cómo se conceptualiza la educación en la época actual, pero me gustaría por el momento pasar a reflexionar sobre el propio concepto de educación

Para pensar en la relación entre el cambio social y la educación debemos comenzar por entender que educación no es sinónimo de escuela, sino que se trata de un concepto mucho más amplio que significa el proceso a través del cual los seres humanos conservamos (y modificamos) la cultura transmitiéndola de generación en generación.

Sin educación, cada individuo, cada familia o cada grupo social, tendría que reconstruir por sí sólo el patrimonio de la humanidad: volver a descubrir el fuego, inventar signos para la escritura y encontrar la fórmula para hacer el papel o para curar enfermedades. Esto es materialmente inconcebible en lo que dura una sola vida, por lo que se hace difícil pensar en la supervivencia de un orden social sin educación.

Es decir que la educación es el proceso mediante el cual quienes ya están en el mundo (en la cultura) le transmiten a los recién llegados los medios que les permitirán orientarse en este mundo.

En este sentido, la educación es una actividad intrínsecamente humana a través de la cual se transmite el conocimiento acumulado de generación en generación, entendiendo al conocimiento como el “significado social de símbolos construidos por los hombres, en una época dada, que tienen como característica relevante ser intercambiables, adquiridos de otros mayores mediante aprendizajes y que proporcionan medios de orientación humanos” (Elías, 1994).

La educación es intrínseca al ser humano porque en toda sociedad, independientemente de su nivel de ‘desarrollo’, encontraremos actividades educativas. Por ejemplo, si descubriéramos en el Amazonas a un grupo indígena que nunca hubiera tenido contacto con lo que nosotros hoy llamamos civilización, notaríamos que entre ellos existen procesos más o menos formales a través de los cuales los adultos transmiten a los más jóvenes medios para orientarse en el mundo en el que viven: cómo construir viviendas, herramientas o armas; cuáles son los animales o plantas peligrosos y cuáles los comestibles; y ciertas creencias o tradiciones constitutivas de la comunidad.

La conservación de nuestra cultura se pone en juego en cada generación a través de la educación. Pensemos qué ocurriría si todas las personas mayores de tres años desaparecieran de la tierra. Seguramente la mayoría de los niños tendría serios problemas para sobrevivir sin el cuidado de los adultos, pero más allá de eso, lo que aquí nos interesa es que lo que llamamos civilización o cultura desaparecería junto con los mayores. No

sabemos si los niños sobrevivientes crearían una cultura mejor o peor que la nuestra, pero si estamos seguros de que se trataría de una cultura diferente.

Desde este punto de vista, la educación es una actividad esencialmente conservadora. Lo único que queda cuando nos vamos de este mundo es lo que dejamos en los demás, pero es importante que entendamos que la conservación de la cultura es el resultado de un enorme esfuerzo. El hecho de que aún hoy sigamos utilizando los textos de Platón o de Freud para entender nuestro mundo no radica solo en la genialidad de las ideas de estos pensadores, si no también en un gran esfuerzo por conservar sus ideas, transmitiéndolas de generación en generación (Debray, 1997).

Justamente, lo que convierte a la educación en un proceso fascinante es que a pesar de que se trata de una actividad cuya esencia es conservadora, se trata también de un proceso a través del cual es posible construir un futuro diferente.

Cada generación tiene la posibilidad de introducir nuevos elementos en la cultura y de desechar aquellos que considere poco valiosos. De esta manera, a través de la formación de los nuevos miembros de la sociedad, la educación es la actividad fundamental a través de la cual se construye el futuro.

Podemos decir en síntesis que la educación es el proceso a través del cual los adultos seleccionan ciertos medios de orientación y los transmiten a las nuevas generaciones con el objetivo de formarlos y de construir un futuro a largo plazo.

Entre el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, en casi todo el mundo, la escuela se convirtió en la forma hegemónica a través de la cual se resolvió la cuestión educativa. La mayoría de los países establecieron la obligatoriedad de la educación escolar básica, lo que resultó en una impresionante expansión matricular. El acceso a una institución educativa pasó de ser un atributo de unas pocas clases sociales a la situación común para la mayoría de la

población. Como dice el historiador Pablo Pineau (2001:27) *“la modernidad avanzaba, y a su paso iba dejando escuelas. De París a Timbuctú, de Filadelfia a Buenos Aires, la escuela se convirtió en un innegable símbolo de los tiempos, en una metáfora del progreso, en una de las mayores construcciones de la modernidad”*.

Por lo tanto, la escuela es una institución fundamental para entender la educación en nuestros tiempos, hasta el punto en que cuando le hablamos a alguien de educación inmediatamente piensa en la escuela. Sin embargo, es importante entender también que en la actualidad la escuela ya no posee el monopolio de la educación y que el fenómeno educativo permea casi todas las actividades e instituciones sociales.

Por ejemplo, queda claro que los niños y jóvenes de hoy reciben gran parte de sus medios de orientación de los medios de comunicación. Asimismo, en el ámbito laboral, es tanto el conocimiento generado con respecto a las distintas disciplinas, que es absolutamente imposible que una organización que contrata a un joven profesional pretenda que éste tenga todos los conocimientos necesarios para operar en ese ámbito. Se multiplican así las organizaciones que invierten cada vez más en la formación de sus empleados.

Resumiendo entonces, lo que intenté decirles hasta ahora es que (a) los conocimientos que transmitimos a las nuevas generaciones son los que proporcionan medios de orientación para vivir en el mundo entre otros seres humanos; y (b) que el mundo en el que debemos orientarnos ha cambiado.

Si aceptamos estos dos postulados deberíamos estar de acuerdo entonces en sostener que el tipo de conocimiento que transmitimos y los modos a través de los cuales intentamos transmitirlo deberían re-pensarse. Si estamos de acuerdo también en que la transmisión de estos medios de orientación ya no se da solo en la escuela y la familia, cabe preguntarnos entonces, ¿qué le queda a la escuela?

Sociedad del conocimiento y educación, ¿Qué le queda a la escuela?

En términos generales voy a sugerirles que ante la situación descrita en el apartado anterior lo que la escuela debería hacer es concentrarse en proporcionarles a sus alumnos aprendizajes y experiencias que no se producen naturalmente en su exterior (Tedesco, 2003).

Mientras tanto, en términos específicos voy a sugerirles que la escuela debería intentar proporcionarles a sus alumnos tres tipos de aprendizajes:

- aprender a aprender
- aprender a convivir con el cambio tecnológico permanente
- aprender a convivir con los otros

Por supuesto que estos tres tipos de aprendizajes no agotan lo que la escuela debe ofrecerles a los niños y jóvenes en la actualidad. Se trata de un recorte parcial basado en la idea de que cada uno de estos aspectos se relaciona específicamente con tres cambios sociales que mencioné en el comienzo y que, desde mi punto de vista, son fundamentales para reflexionar acerca del rol de la escuela en la actualidad:

- el surgimiento de la sociedad del conocimiento;
- la revolución tecnológica; y
- la fragmentación social

Me voy a referir ahora a continuación a cada uno de estos temas

Sociedad del conocimiento y escuela

Un cambio fundamental de la época en la que vivimos es el surgimiento de lo que se ha llamado 'economía del conocimiento'. Este concepto hace referencia a la centralidad de la generación y el uso del conocimiento como

fuerza principal de la riqueza. Desde esta perspectiva se considera que las sociedades occidentales han pasado por tres etapas. Las economías agrícolas, en las cuales la principal fuente de riqueza era la posesión de la tierra; las economías industriales, en las cuales la principal fuente de riqueza era el capital; y finalmente, las economías del conocimiento en las cuales la principal fuente de riqueza es el conocimiento.

A esta visión súper-simplificada de la cuestión cabe agregarle dos aclaraciones. En primer lugar, no puede soslayarse que el conocimiento siempre fue fundamental para lograr los avances tecnológicos que mejoran la productividad de una economía. Lo distintivo de la época actual es que el conocimiento se emplea para el perfeccionamiento de instituciones y aparatos que producen más conocimiento en un círculo de retroalimentación acumulativo entre la innovación y sus usos (Castells, 1999).

El conocimiento se produce para ser vendido en el mercado y se consume para dar mayor valor a la producción. En otras palabras, el conocimiento deja de ser un fin en sí mismo para convertirse en la principal fuente de producción (Lyotard, 1984).

En segundo lugar, cualquier lector atento habrá notado que estas tres etapas (agrícola, industrial, del conocimiento) no pueden generalizarse, ya que, por ejemplo, gran parte de la humanidad sigue dependiendo de la producción agrícola para su subsistencia. Además, inclusive entre las sociedades más 'avanzadas' hay que tener cierta precaución al analizar a las economías del conocimiento como una evolución lineal de las economías agrícolas e industriales (Beech, 2005).

Manuel Castells, que llama a la economía del conocimiento 'economía informacional', lo explica claramente:

El paso del industrialismo al informacionalismo no es el equivalente histórico de la transición de las economías agrícolas a las industriales, y no puede equipararse al surgimiento de las economías de servicios. Existen agricultura informacional, industria informacional y actividades de servicios

informacionales que producen y distribuyen basándose en la información y el conocimiento incorporados al proceso de trabajo por el poder creciente de las tecnologías de la información. Lo que ha cambiado no es el tipo de actividades en las que participa la humanidad, sino su capacidad tecnológica de utilizar como una fuerza productiva directa lo que distingue a nuestra especie como rareza biológica: su capacidad superior para procesar símbolos (Castells, 1999:100).

Por lo tanto, la centralidad de la generación y distribución del conocimiento en los procesos productivos plantea un gran desafío para la educación en la actualidad. Ahora bien ¿cuáles son los conocimientos y habilidades que debería transmitir la escuela para hacer frente a estos cambios?

Para abordar esta pregunta sería bueno recordar cómo se transmitía el conocimiento en los orígenes de la escuela para poder comprender mejor cuáles son los cambios que como educadores debemos enfrentar.

A fines del Siglo XIX y principios del Siglo XX, los saberes y “competencias” relevantes en la escuela tenían que ver con la capacidad de retener información. El papel no era un bien accesible, los medios de comunicación no estaban desarrollados como en la actualidad y el soporte más importante para guardar la información era la memoria. Entonces retener conceptos, datos e información, era muy importante para cualquier ciudadano, y la escuela se manejaba con este esquema.

En el contexto social actual, sucede todo lo contrario. La información está disponible y es muy fácil acceder a ella. Entonces el rol de la escuela como espacio de transmisión del conocimiento cambia. Las escuelas deben, entre otras cosas, desarrollar en sus alumnos la capacidad de procesar información.

No basta con saber utilizar las tecnologías de la información y la comunicación. A veces creemos que saber utilizar las nuevas tecnologías es

sinónimo de poder desenvolverse eficazmente en los nuevos tiempos que corren. Sin embargo, acceder fácilmente a la información no significa que sepamos qué hacer con ella.

Por ejemplo, al mirar una radiografía de mi tórax probablemente podría identificar los órganos y huesos principales, pero difícilmente pueda diagnosticar cuáles son los problemas respiratorios por los cuales se hizo la radiografía y tendré muchas menos posibilidades de proponer una cura. Se trata de un caso en el cual accedo a la información, pero no poseo los medios de orientación o el conocimiento para interpretar esa información y hacer algo con ella. Muy por el contrario, si me encontrara con datos estadísticos acerca de una escuela o un sistema educativo sabría cuáles datos priorizar y qué otros necesito para diagnosticar un problema y buscar una solución, ya que mi formación profesional me ha proporcionado el conocimiento necesario para hacerlo.

Justamente, información es lo que sobra en la actualidad, desde Internet y desde los medios de comunicación tenemos acceso automático a muchísima información como nunca antes en nuestra historia. Sin embargo, eso no quiere decir que sepamos operar con la información de la que disponemos. El procesamiento de la información es una tarea compleja y requiere habilidades cognitivas que deben ser desarrolladas.

Un texto científico, una noticia, una obra de literatura, provengan de Internet o de un periódico, de un libro o la televisión requieren ser comprendidos. Establecer relaciones de causalidad, relacionar un hecho con otro hecho, una noticia con un acontecimiento a nivel mundial, comprender el sentido de una novela, identificar los elementos que nos permiten distinguir una información verídica de una falsa, son habilidades fundamentales que la escuela debe ayudar a desarrollar. Para ello el papel del docente como guía, como organizador de las situaciones de aprendizaje, es fundamental. Enseñar hoy es enseñar conocimientos y habilidades de aprendizaje que permitirán comprender y operar con la información disponible.

Cuando pensamos el aprendizaje y la enseñanza en la actualidad es importante que seamos conscientes de que no es necesario (ni posible) que los estudiantes conozcan cada fórmula algebraica o trigonométrica, ni que conozca cada acontecimiento de la historia.

“lo importante es que los estudiantes exploren en profundidad suficiente un número razonable de ejemplos para que puedan ver cómo piensa y actúa un científico, un geómetra, un artista, un historiador...cuando una persona comprende algo – un concepto, una técnica, una teoría o un ámbito de conocimiento -, lo puede aplicar de forma apropiada a una nueva situación” (Gardner, 2000).

Estas habilidades son las que permitirán además, continuar aprendiendo durante toda la vida. La sociedad actual es cada vez más compleja, los nuevos conocimientos se multiplican sin cesar, las áreas de conocimiento se especializan cada vez más y de este modo, la necesidad de aprender es algo que cualquier individuo tendrá durante toda su vida en múltiples ámbitos: profesional-laboral, académico, personal.

Ahora bien, no podemos contentarnos solamente con pensar que el papel de la escuela es el de desarrollar las habilidades cognitivas e intelectuales de cada individuo. Si bien una de las tareas de la escuela es la de formar individuos en competencias para poder desenvolverse en el mundo actual, esto sólo no basta. Hay otras funciones que la escuela de hoy tiene que cumplir.

Los cambios sociales también trajeron aparejados importantes transformaciones en el mundo de la cultura que afectan otros aspectos de la formación de las personas. Uno de estos cambios se relaciona con el cambio tecnológico permanente y cómo convivir con él. Un aspecto que sin duda será fundamental para las generaciones futuras.

Cambio tecnológico y escuela

Las últimas reformas educativas en Argentina y en muchos otros países se basan en una noción del tiempo que parte del supuesto de que el futuro presentará un mundo de cambios veloces y permanentes, al ritmo de los 'avances' tecnológicos. A partir de aquí, se asume que debemos formar a nuestros alumnos para que sean adaptables y flexibles para que puedan adaptarse al cambio permanente

Quiero sugerirles a continuación que esta idea que sostiene que el mundo del futuro cambiará rápida y permanentemente al ritmo de los 'avances' tecnológicos se basa en una visión simplista del futuro y en una lectura súper-simplificada de autores que estudian los cambios actuales como Giddens y Castells.

Giddens (2000), por ejemplo, sostiene que el mundo en el que vivimos en la actualidad parece estar "fuera de control". Reconoce que el progreso de la ciencia y la tecnología no ha resultado en un mundo más seguro y predecible, como pensaron los filósofos del Iluminismo. Por el contrario, el 'avance' de la ciencia y la tecnología pueden tener el efecto inverso, tal como lo ejemplifican los riesgos ecológicos que son el resultado de la intervención humana en el medio ambiente.

Asimismo, afirma este autor que las influencias económicas, que claramente están entre las fuerzas propulsoras de los cambios sociales en la actualidad, también han sido formateadas por la tecnología. El aumento de las inequidades económicas a nivel global demuestra que los efectos de los cambios económicos tampoco son absolutamente positivos.

Por lo tanto, Giddens parece estar de acuerdo con las políticas educativas actuales al sostener que existen cambios profundos que afectan nuestras vidas independientemente del lugar en el que vivamos y que probablemente este tipo de cambios continúe en el futuro. Sin embargo el sociólogo inglés también sostiene que al menos por el momento no se trata de

un orden global dirigido por una voluntad humana colectiva. Muy por el contrario, se trata de cambios que emergen en forma anárquica como resultado de una mezcla de distintas influencias (Giddens, 2000).

Esta parte del análisis de Giddens no ha sido recogida en la política educativa actual, ya que éstas suponen cierto orden en el 'mundo de los cambios permanentes' que nos espera en el futuro. En las reformas educativas el sentido del orden en los cambios futuros lo provee el 'progreso' tecnológico.

Por lo tanto, cuando desde las políticas educativas se dice que los sistemas educativos, las escuelas, los docentes y los alumnos deben ser flexibles y adaptables, en última instancia se está proponiendo que estas personas e instituciones deben adaptarse a los cambios tecnológicos.

Varias críticas se le pueden hacer a esta posición. En primer lugar, esta postura supone que los cambios tecnológicos son inherentemente positivos y que, por lo tanto, docentes y estudiantes deben ser flexibles para adaptarse acríticamente a estos cambios. Sin embargo, el cambio tecnológico puede ser positivo, pero también puede tener algunas consecuencias problemáticas o catastróficas, tal como lo ejemplifica la crisis provocada por la enfermedad de 'la vaca loca' en Gran Bretaña.

Esta crítica no implica tomar una posición ludita, sugiriendo que el cambio tecnológico deba ser automáticamente rechazado. Sin embargo, los sujetos y las sociedades en general deben considerar tanto las consecuencias positivas como las negativas que puede traer aparejado un cambio tecnológico antes de decidir si vale la pena adoptarlo y cómo.

La segunda crítica que puede hacerse a la posición que sostiene que las futuras generaciones deben ser educadas para ser flexibles y capaces de adaptarse a un futuro de cambios permanentes propulsados por los 'avances' tecnológicos es que no reconoce a los docentes y a los alumnos como sujetos capaces de construir su propia identidad. En otras palabras, si la identidad que se promueve entre docentes y alumnos se basa en la flexibilidad y la

adaptabilidad, el mensaje es que estos sujetos no tienen el poder para construir su propio futuro.

Se trata de una identidad que implícitamente promueve la resignación: como los cambios futuros no pueden ser controlados, la única opción válida es la de adaptarse a estos cambios.

A todos se nos hace difícil pensar en otro tipo de futuro, y está claro que los cambios tecnológicos tendrán una fuerte influencia en las formas que tomará nuestro mundo, pero se hace mucho más difícil pensar en un futuro diferente si usamos a la educación, que es por definición una estrategia de construcción del futuro, para formar sujetos que sientan que su supervivencia depende de su posibilidad de ser flexibles y de adaptarse a los cambios tecnológicos.

Las personas flexibles y adaptables no tendrán la posibilidad de reconstruir su propio mundo. Por el contrario, 'correrán detrás' de los cambios tecnológicos teniendo poco control sobre sus vidas y perdiendo la capacidad para entender, cuestionar y participar de la construcción de los cambios sociales.

Por lo tanto, una política educativa que promueve que la educación debe adaptarse al futuro confunde completamente los términos de la ecuación, ya que pasa por alto que la educación es en sí misma la actividad esencial a través de la cual los seres humanos formamos a las nuevas generaciones y, por ende, construimos el futuro social (Beech, 2005).

Antes de adentrarnos en el tercer y último tema que, creo yo, debería ser prioritario para la escuela hoy, me gustaría enfatizar que cuando hablamos de política educativa no estamos hablando de un problema macro del Estado, sino que cada institución debería tener su propia política educativa y, más específicamente lo que podemos llamar su propia política identitaria basada en una reflexión acerca del tipo de sujeto que se intenta formar.

Fragmentación social y escuela

Una cuestión fundamental de las políticas identitarias es el tema de las identidades colectivas y los lazos de solidaridad que se construyen a través de la educación y, especialmente, en las escuelas.

La cuestión de la identidad responde a la pregunta acerca de la pertenencia y tiene que ver con la identificación, la cual se construye sobre la base de algún origen común o unas características compartidas con otras personas o grupos o con un ideal. Sobre estos fundamentos se construyen los lazos de solidaridad y lealtad con un grupo de personas.

Es importante remarcar en este sentido que la identidad no es una esencia, sino que es una construcción activa de las personas a través de la voluntad de conformar un “nosotros”. Históricamente, en la construcción de la identidad nacional en nuestro país, la escuela como institución tuvo un papel preponderante.

En los orígenes del sistema educativo argentino, es decir, a mediados del Siglo XIX, los que habitaban el territorio argentino no tenían mucho en común. La escuela fue uno de los instrumentos fundamentales que se utilizó para construir la identidad nacional, es decir, los lazos de solidaridad entre los habitantes del territorio que hoy llamamos Argentina.

Lo que la escuela transmitía era el sentimiento de que pertenecemos a un colectivo, a pesar de que los individuos eran muy distintos entre sí: había muchos inmigrantes con diferentes culturas, religiones y lenguas, había habitantes de pueblos originarios, y por supuesto también había una sociedad en la que convivían distintas clases sociales.

Podemos hacer muchas críticas sobre cómo la escuela argentina construyó una identidad común, muchas veces negando o avasallando la cultura que cada sujeto tenía incorporada, pero lo que no podemos negar es

que fue un proyecto exitoso en tanto construyó un sentido de pertenencia a una nación y a un proyecto de país.

Las nuevas tecnologías de la información y la comunicación han contribuido a la globalización de la cultura, entendida como flujo constante y permanente de símbolos. Los símbolos circulan en tiempo real por todo el mundo y colaboran a construir la fuente de identificación de las personas. Entonces se hace difícil sostener identidades nacionales como sucedía anteriormente (Bauman, 2003).

Hoy en día es probable que un joven habitante de una ciudad latinoamericana, como por ejemplo, Buenos Aires, sienta que comparte más ideologías, valores y pautas de consumo con un joven de Nueva York que con un joven de la Puna jujeña.

Debemos tener en cuenta, además, que esto no es sólo un problema cultural: en América Latina, y obviamente en nuestro país, en las últimas décadas se han incrementado como nunca antes los niveles de pobreza y exclusión social.

Esto no implica solamente que la mitad de la población esté privada –en mayor o menor medida- del acceso a bienes y servicios básicos para la supervivencia, sino que aumenta también la brecha entre dos universos paralelos que no se tocan.

Actualmente, existe en nuestra sociedad una brecha entre aquellos que estamos dentro del sistema y aquellos que hemos sido desplazados. Hablo en primera persona porque soy parte, no porque yo haya sido desplazado, sino porque somos todos parte de este colectivo que llamamos Argentina. Somos un mismo grupo, en otras palabras, somos semejantes.

Esta brecha que se está consolidando en la Argentina puede verse claramente cuando pensamos acerca de la infancia en nuestro país. Narodowski (1999) nota que el concepto moderno de infancia, el cuál fue

fundamental para la constitución de la institución escolar como la conocemos, se reconfigura en la actualidad fugando hacia dos grandes polos. Por un lado está la infancia hiperrealizada, los niños que dominan mejor que los adultos los avances tecnológicos; mientras que por el otro está la infancia desrealizada, aquellos niños en situación de calle que se manejan como adultos independientes y autónomos en estos ámbitos.

Si pensamos en lo que vemos todos los días en nuestras ciudades en términos de estos tipos ideales, notaremos que existen dos universos que funcionan en paralelo, ya que no existe el contacto significativo entre ellos. Aquellos chicos que poseen los medios de orientación para manejarse en Internet o en ámbitos escolares, cada vez conocen menos acerca de las reglas de la calle; mientras que los niños en situación de calle poco saben acerca de la cultura escolarizada y tecnológica.

Los problemas de seguridad, la expansión de urbanizaciones privadas sobre una trama urbana ocupada tradicionalmente por los sectores populares (Svampa 2001) y la falta de espacios públicos establecen una frontera (física o simbólica) que mantiene a estos grupos separados. Estos niños ya no juegan juntos y, peor aún, ya no juegan a lo mismo.

Es decir que la fragmentación socio-económica va de la mano de la fragmentación cultural y simbólica, y esto presenta una seria amenaza para la identidad nacional y la solidaridad social. Educar hoy debe implicar repensar cómo reconstruimos estos lazos y por ende, nuestra identidad nacional en una sociedad cada vez más fragmentada tanto en lo económico como en lo cultural.

Éste es un desafío en el que se juega la existencia misma de la idea de sociedad. El reconocimiento de los otros como iguales, el respeto por las diferencias y el compromiso con un proyecto que nos integre a todos económica, cultural y socialmente, son fundamentales en la actualidad para construir una sociedad integrada y una identidad común.

La escuela en este sentido tiene un rol fundamental: debe promover una visión del mundo y de los otros acordes con estos valores, debe promover un sentido crítico hacia la injusticia y debe contribuir a construir una identidad común, sobre el valor fundamental de reconocer en los otros a nuestros semejantes.

No puede aceptarse que muchos niños y jóvenes de sectores favorecidos sientan que no tienen nada en común con otros niños y jóvenes de sectores menos favorecidos, y viceversa.

Es muy peligroso que los jóvenes vivan en universos fragmentados, que no se sientan pertenecientes a un todo, que la supervivencia individual sea un principio rector.

Me pregunto qué posibilidades tenemos como educadores de romper con esta brecha que se amplía cada vez más. Éste, creo yo, es un tema fundamental de las políticas de identidad en las escuelas. Y no es un trabajo que se deba hacer en las escuelas pobres. Muy por el contrario, es un trabajo que se debe hacer en todas las escuelas. Muchas escuelas de sectores favorecidos, preocupadas por este problema, diseñan programas en los cuales sus alumnos realizan tareas de asistencia a escuelas 'carenciadas'. Los jóvenes van a pintar la escuela 'necesitada' (cuando los otros niños no están) o los de 16 años les enseñan inglés o computación a los de 9 o 10 años. Así, aunque estas actividades probablemente se lleven a cabo con la mejor de las intenciones, se cae en lo que comúnmente se llama 'asistencialismo'. Se les enseña a los niños 'favorecidos' que deben ayudar a los que no han tenido su misma suerte.

Sin embargo, quisiera sugerirles que este tipo de asistencialismo es peligroso, ya que desde el momento en que defino al otro como al pobre al que tengo que ir a ayudar lo estoy condenando y lo estoy viendo como a alguien que no forma parte de un 'nosotros' sino del 'otro'. Por el contrario, lo que necesitamos es que todos los chicos que habitan en nuestro país se consideren como semejantes. Pero ¿por qué la escuela?

Justamente, porque es una de las pocas instituciones capaz de llegar a todos y es una de las pocas instituciones que transmite explícitamente valores. La solidaridad, el respeto por la diferencia, la defensa de la justicia, son valores que no fácilmente los niños y jóvenes van a encontrar en los medios de comunicación.

En definitiva, creo que como en los orígenes de nuestra organización nacional, la escuela debe convertirse en una herramienta fundamental para construir un futuro mejor para todos y todas, formando personas capaces de razonar y analizar la información de manera crítica, personas que se sientan capaces de construir su propio futuro, decidiendo si vale la pena adaptarse al cambio tecnológico y cómo y personas comprometidas con sus semejantes y con un proyecto colectivo.

Recordemos que en sus orígenes la escuela argentina no se adaptó al mundo que la rodeaba sino que lo transformó. Por supuesto que la escuela sola no puede transformar el mundo, pero eso no significa que debemos resignarnos.

Creo que es posible y necesario recuperar el rol de nuestras instituciones educativas como protagonistas del cambio y de la invención de un futuro mejor. Seguramente no es fácil y requiere reflexión, creatividad y un enorme esfuerzo de nuestra parte. Pero el riesgo es mayor si, quedándonos en la inmovilidad, dejamos que los vertiginosos cambios sociales “decidan” por nosotros, no permitiéndonos direccionar nuestro presente ni construir el futuro que queremos legarle a nuestros alumnos e hijos.

Bibliografía

Bauman, Z. *Modernidad Líquida*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Beech, J. "Sociedad del conocimiento y política educativa en Latinoamérica: invirtiendo los términos de la relación". En *Quaderns Digital* Vol. 38 (Número especial sobre Educación Comparada). Valencia, España, 2005.

Castells, M. *La sociedad en red*. México, Siglo XXI editores, 1999.

Debray, R. *Transmitir*. Bs.As, Manantial, 1997.

Elias, N. *Conocimiento y poder*. Madrid, La Piqueta, 1994.

Featherstone, M. *Consumer Culture & Postmodernism*. London, SAGE Publications, 1991.

Featherstone, M. "Global Culture: An Introduction" en Featherstone, M (ed) *Global Culture*, 1-14. London: SAGE Publications, 1990.

Gardner, H. *La educación de la mente y el conocimiento de las disciplinas*, Barcelona, Paidós, 2000.

Giddens, A *Las consecuencias de la modernidad*. Madrid, Alianza Editorial, 1993.

Giddens, A. *Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid, Taurus, 2000.

Lyotard, J. *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*. Manchester, Manchester University Press, 1984.

Narodowski, Mariano *Después de clase. Desencantos y desafíos de la escuela actual*. Buenos Aires, Ediciones Novedades Educativas, 1999.

Pineau, Pablo “¿Por qué triunfó la escuela?, o la modernidad dijo: “Esto es educación”, y la escuela respondió: “Yo me ocupo” en Pineau, Dussel y Carusso *La escuela como máquina de educar. Tres escritos sobre un proyecto de la modernidad*. Bs.As: Paidós, 2001.

Svampa, M. *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires, Biblos, 2001.

Tedesco, J. C. *Educación y Hegemonía en el nuevo capitalismo: algunas notas e hipótesis de trabajo*. En *Revista Propuesta Educativa* N° 26. Buenos Aires. Flacso/Ediciones Novedades Educativas, 2003.